

FERROL.—CASTILLO DE SAN FELIPE.

Esta formidable fortaleza, cuya vista damos hoy en las columnas del SEMANARIO, se halla situada á la entrada de la ria del Ferrol, en el estrecho canal que la constituye.

A principios del siglo pasado, este castillo respetable no era mas que una bateria de poca importancia, como la que hoy se ve en la punta del Bispon; pero en 1749, cuando empezaron las grandes construcciones navales en el Ferrol, se trató de la defensa de la ria, y se construyó este castillo, se aumentó el artillado del de San Martin, se hizo el de la Palma, frente á San Felipe, y sucesivamente se fueron construyendo el fuerte de San Carlos, y las baterías del cabo Prioriño, de Canelas, de Viñas, de Cariño, de San Cristóbal, del Segño y de San Julian.

Sin embargo de estas fortificaciones, la ria del Ferrol está defendida de tal modo por la naturaleza, que el arte tenia poco que trabajar para hacerla impenetrable; pues la costa presenta muy pocos puntos abordables, y para eso en tiempos bonancibles.

La entrada de la ria del Ferrol es de lo mas pintoresco que puede encontrarse en toda la costa de Cantabria. Aquellas dos cadenas de montañas que se abren á los ojos del navegante para formar un profundo cauce, se hallan entapizadas de ese risueño verdor anejo á los territorios húmedos y frios, salpicado de risueñas arboledas como la Sierra de los Caballos, entrando á la derecha, y salpicado de lindisimos caseríos como las otras montañas fronterizas de la izquierda.

Al entrar en el estrecho se encuentra en la costa del N. el fuerte de San Carlos, y como al medio de la garganta, donde el canal es mas angosto, se ven los castillos de San Martin y de la Palma, en la costa del Sur, y el de San Felipe en la del Norte. Estos tres últimos castillos forman un triángulo isósceles; el de San Martin y el de la Palma dista del de San Felipe unas 600 varas, y entre sí poco mas de 900.

Pero entre todas estas fortalezas que sorprenderán al viajero al pié de las rápidas y elevadísimas pendientes de aquellas montañas, la mayor parte de ellas se encuentran derrotadas desde pocos años. Tan solo los castillos de la Palma y San Felipe, fronterizos ambos, son los únicos que se mantienen en buen estado.

Este último castillo es y ha sido siempre el mas formidable de todos; y basta por sí solo á defender la entrada del puerto, por muchas fuerzas navales que se reunieran para forzarla.

Los fuegos del castillo de San Felipe tienen la ventaja de enfilar toda la ria por hallarse construido sobre un pequeño promontorio que forma la costa; y parte de él está cimentado en la misma ria. Sus tres

dilatadas baterías pueden montar ciento cincuenta cañones; la baja, que está á flor de agua; la otra mas elevada, y la que formaba el antiguo castillo; y todo él se halla construido de piedra de sillería perfectamente trabada. Su vista por la parte del canal presenta distintamente estas tres baterías formidables: la alta barbetada y las otras dos merlonadas, teniendo todas unas esplanadas de sillería sumamente despejadas y ventajosísimas. En la bateria baja hay un excelente hornillo para bala roja, y todos los ramales estan cubiertos con fuertes espaldones que impiden la enfilacion y facilitan la defensa.

El castillo de San Felipe, por la parte de tierra, es susceptible de mas de 40 cañones. Se compone de un hornabeque con su foso, camino cubierto, y en él dos caponeras á prueba de bomba. Su escarpa, de 42 piés de elevacion, la contraescarpa, el parapeto del camino cubierto, el de la plaza de armas, las baterías, las esplanadas, el pavimento de las murallas y el de la misma plaza del castillo, todo es de piedra sillería, perfectamente trabada y trabajada. Su muralla, tanto de frente como de los prolongados flancos del hornabeque, se compone de bóvedas á prueba de bomba, que sirven de cuarteles, y en ellas hay aspilleras oportunamente situadas y algunas casamatas. Bajo sus bóvedas altas, perfectamente ventiladas y algunas casamatas. Bajo sus bóvedas altas, perfectamente ventiladas y todas á prueba de bomba, se puede alojar cómodamente una guarnicion de mil hombres.

En el foso del hornabeque existe una fuente, y además un gran aljibe á prueba de bomba en la plaza; para llegar á la cual hay que pasar dos puentes levadizos. En esta misma plaza hay un edificio de sillería de dos cuerpos para pabellones de oficiales y para el gobernador, ayudantes y demás individuos de la plana mayor.

Esta fortaleza de piedra de sillería, que ocupa un punto tan avanzado en la misma entrada de la ria del Ferrol, puede llamarse su llave; y lo es tanto, que si por un incidente muy imposible pudieran los enemigos apoderarse del departamento por tierra, San Felipe les impediría que introdujeran sus escuadras dentro de ella.

Para hacer aun mas impenetrable este paso, se tendia antes una cadena desde el castillo fronterizo de San Martin hasta un poco mas abajo de San Felipe; y aun cuando hubiera algun navio que la forzara, lo esperaban los 122 cañones de la bateria del Parque de los Arsenales, una vez entrado en la ria, cuya artillería la barre toda.

Ante este castillo de San Felipe ha rendido su pabellon el orgullo inglés en su impotencia para conquistarlo, cuando por dos ó tres veces quisieron apoderarse de él para destruir los arsenales del Ferrol, y los armamentos que se hacian en ellos.

Ante este castillo de San Felipe ha rendido su pabellon tambien

11 DE DICIEMBRE DE 1855.

aquella escuadra inglesa que tanta gloria adquirió después en Egipto, obligando al ejército francés á evacuar aquel país; la misma escuadra que al año siguiente forzó el paso del Sund, y se apoderó de Copenhague, despreciando y haciendo callar el fuego de una escuadra acoderada y el fuego de muchos fuertes y baterías.

¡Honor pues á las robustas murallas del castillo de San Felipe, y honor á la bandera nacional que ha tremolado entre el fuego de sus cañones y entre los proyectiles de los cañones ingleses!

B. BICETTO.

EL MUNDO NUEVO.

HACER NEGOCIOS.

(Conclusion.)

—Vamos, d'je yo, si tan rico llega á ser por el medio legítimo de una herencia, quizá esté á tiempo de reparar los daños que ha causado: puede especular honradamente, sufrir privaciones, y devolver el dinero mal adquirido. Así al menos conseguirá una vez tranquila y una muerte sin remordimientos. Iré á ver!; así que haya saboreado el pan de la boda.

Fui en efecto, y los porteros me dijeron que los señores habían tomado la silla de posta para Francia el mismo día de su casamiento, y que no volverían en tres ó cuatro meses. No me había hecho cargo de esa nueva moda que suprime el sagrado tálamo y le reemplaza por el carruaje: el casto lecho nupcial, por el que acaba de dejar una cortesana; los himnos epitalámicos, por las nada limpias interjecciones del mayoral; la santa y dulce compañía de los padres, por la impertinente de los viajeros; el festín de boda, por la mesa redonda.

A su vuelta no me fué posible verle. Su casa parecía un castillo feudal por lo inaccesible, un pandemonio, por la confusión que en ella reinaba. Los criados se contradecían. Unos hablaban con frialdad ó desden del amo; otros, por el contrario, con cierto énfasis, le llamaban siempre «el señor conde.»—Dejé una tarjeta. Volví: me sucedió lo mismo, y no quise dejar otra.

—Está visto, el señor conde se desdén de tratar á sus antiguos conocidos. Como le ha salido bien su último negocio, no quiere que nadie le recuerde quién era antes del primero.

Por mi parte hice también lo posible por olvidarle, y casi puedo asegurar que lo había conseguido, cuando no há muchos días le vi entrar con el rostro desencajado, los ojos abatidos, el cabello en desorden, ya casi ceniciento, con traje elegante, pero raído. Al verle en tan lamentable estado, me levanté y le tendí los brazos.

Conmovido por aquella muestra de compasión, arrojóse en ellos y se echó á llorar.

—Amigo, exclamó, he sido contigo un ingrato, un miserable; pero bien pago todas mis culpas.

—¿Qué tienes? ¡Eres desgraciado!

—Conozco tu buen corazón, y por eso vengo á buscarte.

—¿Qué quieres? ¡Dinero?

—¡Dinero! repitió sonriéndose de una manera terrible: todo el que tienes no bastaría á satisfacer á uno solo de mis innumerables acreedores.

—Pues entonces...

—Vengo á buscarte para padrino de un duelo.

—Sepamos primero los motivos que tienes para apelar á ese extremo.

—Es muy justo. Te los diré, y en ellos irá envuelta mi lamentable historia. Me casé: buscaba una mujer que halagase mi vanidad con la corona de conde y reparase las brechas que mi despilfarro había abierto en mi fortuna. Hallé lo primero, no lo segundo. La condesa no me trajo mas que su título y sus exigencias. ¡Me engañó!—No me quejo: yo también la engañé haciéndola creer que era un capitalista, y cuanto viste en mi casa no pasaba de apariencias. Ibanse en el lujo las ganancias, y no siendo luego suficientes, eché mano de mi capital, que se fué mermando espantosamente.

—¿Y la herencia? ¿La tia millonaria y decrépita?

—Una verdadera Tia Pingida: ó no ha existido, ó me la han escamoteado. Tampoco me quejo. Hubiera podido pasarme sin ella, si en lugar de una mujer necia, vanidosa, dada al lujo y los placeres, hubiese escogido una compañera dulce, modesta, cariñosa, discreta... ¡Ah! La condesa, solo por serlo, se ha creído superior á mí, y hasta se considera humillada por la debilidad de haber dado su hidalga mano á un quidam, á un *parvenu*, como ella dice, á un Hince-el-diente!

—¡Eso es inhumano!

—Para explicar, ó disculpar hasta cierto punto lo que ella apellida su calaverada, se empeña en brillar en la corte. Gasta, triunfa, derrocha; hace creer que mis riquezas son inagotables; me empeña, me

arruina. Mi capital ha ido disolviéndose en teatros, en modistas, en convites, en fruslerías. Mi crédito ha desaparecido con los mismos disolventes. Y mientras con espantados ojos seguía el curso de tan terribles operaciones químicas, mis labios tenían que sonreírse y pronunciar lisoujeros cumplimientos á las gentes que, convidadas por la condesa, venían á mi casa como banda de buitres á cebarse en el cadáver de mi fortuna. No era posible llevar adelante el sufrimiento. Llamé un día á mi mujer, y la pinté mi situación. ¿Piensas que me compadeció, que me agradeció siquiera mi demora en darle este mal rato? Se puso como una furia: me insultó, me llamó petardista, estafador, intruso, sin olvidar lo de *parvenu* y lo de Hince-el-diente. Con la cólera tomóronla un par de desmayos, y echó á perder algunos trajes, con cuyo importe hubiéramos podido comer un mes todavía. Habló de divorcio, y se retiró á casa de sus padres.—No es esto solo.

—¡Aun mas!

—No le ha bastado humillarme, escarnecerme; ha querido deshonrarme.

—¡Cá hombre! Exageras tu desdicha. Es una propensión natural de tu estado; pero debes combatirla. ¿Qué pruebas tienes? Vamos á ver.

—Tómalas, contestó Santos, alargándome una carta cuyo sobre, apresuradamente escrito, lo mismo podía decir «al conde» que «á la condesa.»—Léela, prosiguió; un criado me la ha traído, y creyéndola para mí, con tanto mas motivo, cuanto que la letra es de un *amigo mío*; la he abierto.—Léela.

El pobre Santos tenía razon. El amante, tan necio como imprudente, suministraba en pocos renglones la prueba del crimen.

—En efecto, contesté: no me queda duda. Con esta carta puedes pedir y obtener el divorcio.

—No lo haré: buscaré al miserable ladrón de mi honra, le arrancaré el corazón, beberé su sangre, y luego...

—¿Tienes hijos?

—Uno. ¡Ay! Esa es mi mayor desventura. Un hijo de dos años, que todavía debo de confiar á tal madre.

—Pues bien, amigo; sigue mi consejo. Ni duelo, ni divorcio. Tu mayor enemigo es la publicidad, el escándalo. Déjame esta carta. Con ella iré á ver á los padres de tu mujer. Les hacemos la forzosa: vivireis separados.

—¿Y mi hijo?

—Me comprometo á traer el hijo á tu poder. No lo dudes. Por evitar un litigio escandaloso y de fatal resultado para ellos, accederán á cuanto se les exija. En seguida te embarcas para América, lo cual á nadie puede sorprender, atendido el estado de tus negocios. Te recomendaré eficazmente á una casa de comercio donde con laboriosidad y arrepentimiento purgarás tus faltas pasadas. Sobre todo, inspira á tu hijo moderación en sus deseos y en sus goces, y el hábito de vivir con su trabajo. Que se contente con poco: que sea económico, activo y honrado, seguro de que hará buenos negocios: tan buenos, que lejos de conducirlo al deplorable estado de su padre, le proporcionarán quizá la dulce satisfacción de pagar tus legítimas deudas y de restaurar tu crédito, que es la ambición mas noble que puede abrigar el corazón de un buen hijo.

Grandes esfuerzos tuve que hacer todavía para disuadirle de sus locos proyectos de venganza; pero al fin lo conseguí, y ayer tuve carta suya de Cádiz, escrita á bordo del buque que iba á llevarle á la Habana con su hijo, donde, si es sincero su arrepentimiento, al lado de un honrado comerciante hará otra clase de negocios que los que suelen hacer en Madrid muchos que se lanzan de improviso á la profesión de negociantes, aspirando á ser ricos sin trabajo y en poco tiempo.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

LA CAMPANA DE HUESCA.

Este sitio ocupa la parte baja subterránea del antiguo palacio de los reyes de Aragón, en el día la universidad; está contigua á la sala donde se dan los grados, y se baja á él por cinco escalones: su celebridad histórica es bastante conocida; pues en él fué donde D. Ramiro II de Aragón, llamado el Monje, hizo degollar á quince caballeros de la primera nobleza, año 1156, y mandó colgar sus cabezas de la bóveda de esta habitación, en forma de la falda de una campana, colocando una en el centro para que hiciese de badajo, por cuyo hecho se le llama la *campana de Huesca*. Los nombres de los caballeros son: D. Lope Ferrench de Luna, Ruy Jiménez de Luna, Pedro Martínez de Luna, Fernando de Luna, Gomez de Luna, Ferriz de Lizana, Pedro de Bergua, Gil de Atrosillo, Pedro Cornel, García de Bidaurre, García de Peña, Ramon de Foces, Pedro de Lucría, Miguel Azlor y Sancho de Fontova.

Estas noticias son segun la opinion del padre F. Ramon de Huesca.

MI AMIGO PEPE.

(Conclusion.)

—¿No quieres compartir conmigo los pesares como has compartido los placeres?

—Yo no tengo pesares, dijo por fin con voz trémula el pobre niño. Nada tengo que decirte.

—Entonces, si no te inspiró la suficiente confianza para depositar en mí tus penas, ¿para qué me has llamado?

—Para despedirme de ti, dijo Pepe haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas.

—¿Para despedirte!

—Sí; mañana parto de Sevilla, y probablemente ya no nos volveremos á ver en este mundo.

—¿Pero adónde vas? preguntó Florencio cada vez mas sorprendido.

—No lo sé, ni tú debes saberlo tampoco: á cualquier parte donde pueda llorar libremente y sin que nadie me vea.

—¿Pero qué te pasa? Hace algunos días que no hemos hablado.

—Hace muchos, observó Pepe en tono de reconvencion.

—¿Te ha sucedido alguna desgracia?

—Puede ser.

—¿Necesitas dinero? ¿Tienes algun disgusto de familia?

—El dinero me sobra: en cuanto á mi familia, ¡ójala pudiera darme disgustos! Soy el último resto de ella, y conmigo se extinguirá.

—Nunca me has dicho nada de eso, y siempre he respetado tu silencio. Refiéreme lo que te pasa ahora, y deja recuerdos que no sirvan mas que para aumentar tu dolor.

—A nadie puedo confiarle. Estoy solo en el mundo!

—¿Niño!

—Solo con mis dolores.

—Vamos, espígate. Si nada de lo que te he dicho te causa, ¿qué puede ser? Algun amorcillo contrariado.

Pepe se estremeció ligeramente.

—Es la suerte de todos los que son tan calaveras como tú: vienen á enamorarse de alguna coqueta que no merece su cariño. ¿No es verdad?

—Verdad es que no lo merece... y sin embargo no puedo echar su imagen del corazón.

—¿Y por eso lloras? Otro amor te consolará de ese. ¿Por eso quieres dejar el mundo? Eres muy joven aun!

—Yo no amaré mas en mi vida, dijo Pepe con desesperacion.

—Eso creen todos los que aman por la vez primera. ¿Ves cuánto quiero á Emilia? Pues sin embargo de que ahora no creo posible vivir sin ella, estoy seguro de que si me olvidara no tardaría mucho en enamorarme de otra.

Pepe se sentó en la cama con el rostro desencajado, y le preguntó:

—¿La quieres mucho?

—Mas que á mi vida.

—¿Y mas que á mí?

—¿Vas á tener celos de ella? ¿Qué comparacion cabe entre los dos cariños? Tú eres mi amigo, ella mi amada.

—Tienes razon. Soy un niño! dijo amargamente Pepe.

—¿Conque no me confías el secreto de tus amores?

—¡A tí! exclamó el joven sobresaltado.

—A mí que soy tu mejor amigo.

—Mis amores son un misterio que nadie penetrará. He nacido para sufrir y llorar en secreto.

—Si no quieres decirlo, no te apuro mas, con tal que me prometas no marcharte.

—¿Me lo pides tú?

—Te lo suplico por nuestra antigua amistad, si es que aun vale algo para ti.

—¡Oh, sí! vale mas de lo que tú puedes figurarte.

—¿Conque no te irás?

—Te he dicho que no puedo vivir mas tiempo aquí.

—¡Bah! Quédate una semana aun, y yo te fio que ese tiempo bastará para consolarte.

—Yo no me consolaré nunca.

—Eso creen todos. ¿Me negarás una cosa tan corta como detener tu partida seis ú ocho días? ¿Tan poco valgo ya para tí?

Pepe estaba tan afectado, que apenas podía pronunciar una palabra.

—¿Que vale poco para mí! dijo el pobre muchacho mirándole con ternura. Mándame, y te obedeceré.

—Te mando que aguardes una semana mas.

—Aguardaré.

—Bien. No te apures, que á todo se hallará remedio. Voy á mandar que me traigan una cama aquí, y pasaremos la noche hablando, á ver si consigo arrancarte ese secreto que tanto mal te hace.

—De ninguna manera, dijo Pepe con aturdimiento.

—¿Por qué?

—Porque... si pasamos la noche en conversacion, tal vez no podría resistir al deseo de confiarte mi secreto; y bastaría la pena de haberlo dicho para llevarme al sepulcro. Vete, y buenas noches.

—Hasta mañana: y dame palabra de no apurarte por lo que tal vez no lo merece.

—Bien. Adios.

—Adios.

Y Florencio salió de la estancia triste y meditabundo, devanándose los sesos para averiguar cuál pudiera ser la causa de los pesares de su amigo. En cuanto á este, continuó por largo tiempo dando rienda suelta á su llanto; pero de repente, asaltado sin duda de una brillante idea, se sonrió alegremente murmurando:

—¡Oh! dice que se enamoraría de otra si ella lo abandonara... Su amor no es como el mio, y aun puedo esperar. Si, mañana yo veré á Emilia, y tal vez suceda lo que con otras.

XV.

—Estaba enamorado de Emilia, dije yo á mi amigo Juan.

—Ya lo verás en el discurso de esta historia, me contestó con gravedad cómica.

—Nunca creí á Pepe capaz de semejante infamia. Pretender arrabatar á su amigo el cariño de la que adoraba!

—Todo lo disculpa el amor.

—No todo. Te suplico que suspendas tu juicio hasta que lleguemos al desenlace de nuestro cuento.

«Al día siguiente, Pepe, mas alegre que de ordinario, vino á buscarme para salir á paseo.

—Gracias á Dios que está Vd. mas animado, le dije.

—Es preciso burlarse del amor, exclamó riendo de un modo que no me pareció natural.

—¿Se han ido las melancólicas ideas de ayer tarde?

—No del todo; pero creo que no tardaré mucho en desecharlas. Se me ha ocurrido la de buscar diversiones para distraerme, y cuando el enfermo quiere comer, es señal de que la convalecencia no está muy lejos. Florencio se ha entregado tanto á su Emilia, que no hay que hablarle de mas placeres que del de estar junto á ella; por lo que vengo á buscarlo á Vd. para que me ayude á divertirme y á deshumorarme.

—Estoy á las órdenes de Vd.

—Pues comencemos desde esta tarde.

—¿Adónde quiere Vd. que vayamos?

—Primero á paseo y después al teatro.

—¿Qué cantan en San Fernando?

—Lucia.

—Pues buena distraccion quiere Vd. buscar! La Grinni está detestable en ella, y no va á haber una sola persona decente en el teatro.

—Ya lo supongo. ¿Pero dónde quiere Vd. que pasemos la noche?

—Quedéme meditando unos momentos, pasados los cuales, dije muy satisfecho de mi idea:

—¿No deseaba Vd. conocer á Emilia?

—Sí, tendría un placer en ello, contestó con indiferencia.

—Iremos á casa de Fuen-Salada.

—Iremos si Vd. quiere.

XVI.

«En las pocas horas que pasamos juntos aguardando que sonara la de ir á casa del padre de Emilia, Pepe, olvidando sus tristezas, estuvo alegre y atolondrado como en los tiempos en que le conocimos. Hablamos del amor y de las mujeres, y con un conocimiento de los corazones femeniles que no era de esperar de sus pocos años, analizó sus pasiones y sus afectos.

Hicele notar lo extraño que me parecia tal esperiencia en tan verde edad, y me contestó riendo á carcajadas que tal vez no habria un hombre en el mundo que pudiese tratar estas materias con tanto conocimiento de causa como él.

Me refirió sus conquistas y sus aventuras amorosas, entre las que las hay verdaderamente peregrinas, desde su primer ensayo hasta la que habia comenzado aquella mañana, gloriándose de haber desbancado á Florencio en mas de cuatro ocasiones.

Entretenido él con estos recuerdos, y satisfecho yo de verle desechas su melancolia, vimos deslizarse el tiempo sin advertirlo, y de seguro no me hubiera acordado de ir á casa de Emilia si Pepe no me lo trajera á la memoria.

Salimos pues del café de los Lombardos, donde habíamos pasado

las primeras horas de la noche, y pocos momentos después entrábamnos en los magníficos salones del marqués de Fuen-Salada.

XVII.

Brillante estaba aquella noche la reunion. Todo cuanto habia de notable en Sevilla se hallaba allí; las mujeres mas hermosas, los jóvenes de mas talento, los hombres en fin mas conocidos por su mérito ó su posicion social.

El calor principiaba á sentirse, y para mantener el salon á una temperatura agradable se habian abierto una multitud de balcones, hasta los que trepaban bellas y fragantes enredaderas, que al pié de ellos crecian en uno de los mas deliciosos jardines que pueden imaginarse.

—Suprime la descripcion, interrumpi, pues bien sabes que los conozco mejor que tú.

—No lo recordaba; y en el calor de la improvisacion...

—Ten pues cuidado de no acalorarte, si no quieres que tu cuento sea el de nunca acabar.

—Nunca acabaré si prosigues interrumpiendo.

Convencido de que así sucedería, que todo era de esperar de la pesadez de mi amigo, resignéme á esperar con calma por la vigésima vez.

Juan, viéndome ya rendido, volvió á anudar el hilo de su historia.

«Después de dar un paseo por el salon, acerquéme con Pepe al marqués y su hija, que en un extremo de él descubrí, y se lo presenté con todas las formalidades de ordenanza. Al ver á Emilia se me figuró notar que un estremecimiento involuntario se difundia por todos los miembros de mi amigo. No hice aprecio entonces de esta circunstancia que creí casual; pero algun tiempo después vino á confirmar ciertas sospechas de que no quiero hablarte todavía, por mas que tambien tú las hayas concebido al escuchar mi narracion.

Florencio no habia venido aun; pero las frecuentes y ansiosas miradas que Emilia dirigia á la puerta, me hicieron conocer que se le esperaba.

Mientras yo hacia estas observaciones, Pepe, que sin embargo de ser hombre de mundo se habia turbado al acercarse á la joven, cosa que no dejó de llamarme la atencion, recobrada ya su serenidad, comenzó á hablarla con su natural desparpajo.

El marqués, que me tiene en gran aprecio y me consulta todos sus asuntos, me tomó del brazo, y llevándome á una ventana para hablar de un proyecto de ferro-carril, me hizo perder de vista á mi joven amigo, que quedó al lado de Emilia embebido en no sé qué gravísima plática de sombrerillos y manteletas.

XVIII.

Largo rato hacia que nos ocupábamos de wagones y locomotoras, cuando el piano preludió una polka de Straus, y veinte parejas se pusieron en movimiento. Tú sabes que yo detesto el baile por sistema: así fué que por el pronto no fijé la vista en los bailarines, y seguí entregado enteramente al ferro-carril de Fuen-Salada.

Pero á medida que el baile se animaba, iba dejando de prestar atencion al marqués, y fijándola en las parejas que pasaban ante mis ojos. ¡Me gustan tanto las muchachas, y las habia tan bonitas!

De repente entre aquel confuso torbellino descubrí una gallarda pareja que por su destreza en el baile, por su elegancia y belleza atraia las miradas de todos.

—¡Dios los bendiga! Parecen nacidos el uno para el otro, dijo á mi espalda una señora anciana.

Aquellas palabras me hicieron daño, porque la mujer á quien se referian era la amada de mi amigo Florencio, y el hombre Pepe. Una idea cruzó súbita por mi mente, idea que creí un rayo de luz que comenzaba á aclarar muchos misterios. ¿Estaria Pepe enamorado de Emilia, y serian tal vez estos amores la causa de su tristeza? No me atrevia á figurármelo, y sin embargo todas mis observaciones conspiraban á hacérmelo creer.

XIX.

Tras la polka vino un wals, y tras el wals otra polka, sin que mi joven amigo dejase de ser el caballero de la hija del marqués. Mis ojos, que no se apartaban un instante de ellos, creyeron sorprender dulces sonrisas, apretones de manos y otras mil señales de inteligencia. ¿Vendian á Florencio, y era yo tal vez cómplice de aquella infamia?

Poco tardaron mis sospechas en convertirse casi en realidades. El baile cesó, y Pepe tomó asiento al lado de Emilia siguiendo una animadísima conversacion que sin duda habia tenido principio en el wals. Aquella plática era de amores, ó yo carecia completamente de experiencia en estos asuntos. El suplicaba; ella le oia con placer, y no

estaba muy distante de acceder á sus ruegos: hé aquí lo que por las señales exteriores podia colegir.

En este instante, cuando menos lo esperaban, Florencio, tranquilo y satisfecho, apareció en la puerta del salon buscando con los ojos á su Emilia. De repente su rostro palideció, y tuvo que asirse á la colgadura para no caer.

Esta momentánea detencion no significaba nada para casi todos los circunstantes: yo leia en ella un poema completo de celos y de amor. Habia visto á su amada al lado de su amigo, y habia comprendido como yo.

Deseoso de evitar un escándalo, corrí á su encuentro, dejando al marqués con la palabra en la boca en el momento en que, terminada la linea principal, comenzaba á construir una red de ramales; pero con gran admiracion mia hallé á Florencio sereno é impasible saludando alegremente á algunos de sus conocidos. ¿Habia sido todo ilusion mia, ó era tan dueño de sí mismo que ocultaba tan perfectamente su dolor y su justa cólera? No sabia qué pensar; y así me determiné á seguir mi papel de observador aguardando que los acontecimientos me indicasen el camino que debia seguir.

Florencio se acercó á la gentil pareja, y después de saludar á Emilia con la sonrisa en los labios y apretar cordialmente la mano á su amigo, fué á sentarse un momento al lado del marqués. Pepe, avergonzado sin duda al ver á Florencio, se separó de Emilia y vino á reunirse conmigo.

—¿Qué te ha parecido la futura de nuestro amigo? le pregunté pretendiendo sonar con la vista hasta lo mas recóndito de su alma.

—La muchacha mas encantadora que he conocido! contestó entusiasmado. ¡Qué hermosura! ¡Qué gracia! ¡Qué talento!

Entre tanto una de las jóvenes que rodeaban á Emilia le preguntó en voz baja, pero no tanto que yo, que estaba cerca y con mis cinco sentidos fijos en ellas, no lo oyera:

—¿Tiene tanto talento como dicen tu nuevo caballero?

—Es el joven mas fino, mas galante y mas amable que he conocido, respondió.

Todas sus compañeras la miraron con envidia; porque he olvidado decirte que al entrar Pepe todas las miradas se fijaron en él, y que su presentacion fué un verdadero acontecimiento.

En cuanto á Florencio, permanecia al lado del marqués entregado enteramente á lo que este le decia, y sin fijarse al parecer en nada de lo que á su alrededor pasaba.

XX.

La noche voló mas breve de lo que yo hubiera querido, porque la impasibilidad de Florencio me hacia temer mas por el momento en que estallase su furor comprimido. Ya no me era dado dudar un punto de que él estaba tan al corriente como yo de lo que sucedia. Emilia habia seguido bailando indiferentemente con cualquiera de los dos; pero dando marcadas muestras de preferencia á Pepe.

La hora de retirarse sonó en fin, y los tres salimos del palacio de Fuen-Salada, sin que ni la mas mínima señal exterior diese á entender el estado en que nos encontrábamos. Florencio y Pepe eran los amigos de siempre. ¿Qué iba á suceder?

Por largo rato caminamos en silencio entregado cada cual á sus reflexiones. El ofendido lo rompió por fin, diciendo con una tranquilidad que me heló la sangre en las venas:

—Pepe, esto es menester que lo terminemos como buenos amigos. He comprendido ya cuáles eran los pesares de que me hablabas anoche. Elige armas, sitio y hora.

La oscuridad de la callejuela por que á la sazón caminábamos y mi turbacion me impidieron conocer el efecto que estas palabras causarían en nuestro joven compañero. Lo único que recuerdo es que no contestó.

—¿No respondes? continuó Florencio. En ese caso yo elegiré.

Tan salvaje espresion de cólera revelaba el tono con que fué pronunciada esta frase, que aun hoy, que han pasado veinte dias desde que la oí, no puedo recordarla sin estremecerme.

—Pero ¡Florencio!... dije cuando me fué posible hablar.

—Conoces mi carácter, me dijo con acento de reconvenccion, y vas á hacerme observaciones...

—Ya sabes que cuando me decido á obrar de esta manera, tengo causa para ello, y que ningun poder humano bastará á hacerme desistir de mi propósito.

Estas palabras me hicieron conocer que nada tenia que esperar por entonces, y callé aguardando mejor ocasion para recordarle los lazos que los unian.

—Mañana al amanecer; pistola y á cuatro pasos: en cuanto al sitio, ya buscaremos uno en que nadie venga á importunarnos. ¿Te parece bien, Pepe? dijo dulcificando la voz. En cuanto á testigos, nos bastó con Juan.

—Sí, balbuceó aquel á quien iban dirigidas estas aterradoras frases. Me pareció que al pronunciar aquel ¡sí! lloraba. ¿Era cobarde, sentía remordimientos, ó rendía un tributo á la pérdida de aquella amistad que por tanto tiempo formara sus delicias?

—Tal vez he hecho mal en no dejarte partir ayer como querías. Así no me vería en la precisión de matarte mañana ó de morir á tus manos. ¿Me perdonas, amigo mío?

Pepe por toda contestación le apretó la mano.

XXI.

Un momento después entraron en su casa.

Aun no sé bien lo que entre los dos pasó aquella noche. Cuando al romper el día fué á buscarlos...

Un «¿se puede entrar?» tímidamente pronunciado á la puerta de la sala, vino á interrumpir á mi amigo Juan en lo mejor de su historia.

—Adelante, señora Josefa, dijo con evangélica resignación.

La patrona entró, y presentando una carta á mi compañero, dijo:

—El que la ha traído espera en la calle la contestación con dos caballos de las bridas.

Juan abrió apresuradamente la epístola, y después de pasar la vista por su contenido exclamó:

—Es preciso partir al momento.

—¿Pero qué sucede? le pregunté.

—Que se está muriendo en Ecija un primo de mi madre de quien soy único heredero, y á pesar de que apenas lo conozco y de que no le he escrito sino pocas veces, me llama con instancias en sus últimos momentos.

—Entonces no te detengas.

—Ni aun para mudar de traje. Acompáñame hasta la puerta. Voy al momento. Adios, señora Josefa.

—Dios ampare al pobre señor, dijo la buena vieja mientras nosotros bajábamos apresuradamente la escalera.

—¿Y la historia? pregunté á Juan acordándome de que la habíamos dejado en lo mas interesante.

—Cuando vuelva te la acabaré de contar, contestó saltando sobre uno de los caballos.

—Es que...

—Adios, dijo metiendo espuelas y partiendo como una exhalación.



(La campana de Huesca.—Pág. 394.)

—¡Escribeme! grité yo. ¡Escribeme!

Pero el estrépito de las herraduras al chocar contra el empedrado impidió tal vez que mis voces llegasen á sus oídos.

XXII.

Desde aquel instante no dejé de pensar en mis dos amigos, que al interrumpir Juan su cuento quedaron en tan apurada situación. ¿Qué les había sucedido?

Mi condiscípulo me dijo que había visto á Florencio aquella misma mañana. ¿Pero y Pepe? ¿Se había verificado el duelo? ¿Quedaría el gallardo joven en él?

Preocupado por tan tristes pensamientos, no pude dedicarme á otra cosa que á averiguar el desenlace de aquel extraño drama. Pero todo fué inútil. Nadie sabía de ellos en la universidad ni en ninguno de los sitios á que concurrían diariamente. El marqués de Fuen-Salada estaba en Cádiz con Emilia, á quien los médicos mandaron mudar de aires por cierta afección nerviosa que había contraído en aquellos últimos días. Vanamente pregunté á todo el mundo: nadie sabía decirme qué era de ellos.

Escribí á Ecija y á Cádiz; aguardé tres días mortales, y no recibí

contestación. Juan no estaba para cartas con la enfermedad de su tío. ¿Pero por qué no me contestaba el marqués? Sin duda tenía que darme alguna mala noticia, y rehusaba hacerlo. Sí. ¿Qué podía significar sinó la enfermedad de Emilia?

Entre la multitud de cosas que se me ocurrieron para obtener algun rayo de luz, fué una leer las gacetas de todos los periódicos correspondientes á los días en que pudo llevarse á cabo el duelo.

En *El Diario de Sevilla* encontré: «Antes de anoche de resultados de un lance de amores se retaron dos jóvenes muy conocidos en esta capital. Se nos dice que el duelo se verificó al día siguiente, quedando heridos los dos, uno ligeramente, otro de mucho peligro. ¿Cuándo concluirán estas costumbres dignas de aquellas épocas salvajes en que...»

Juan había visto á Florencio: luego el herido era Pepe. ¿Pero no podía ser este suelto una de tantas invenciones como diariamente imprimen en los periódicos?

No encontré un solo dato mas que pudiese servir de guía á mis averiguaciones; y pensando que tal vez el marqués de Fuen-Salada y su hija sabrían de Florencio, me embarqué para Cádiz lleno de esperanzas.

Sin embargo, el marqués y su hija nada sabían: desde la noche en que Pepe les fué presentado, Florencio no volvió por su casa, y aun cuando enviaron á preguntar á la suya creyendo que estaría enfermo, ningún resultado tuvieron sus investigaciones.

Con estos precedentes ya no dudé un instante de que era cierto cuanto en el periódico leí. Florencio había matado á su amigo, y acosado por los remordimientos huía hasta de sí mismo y se ocultaba á los ojos de todos.

Viendo que cuanto hacia era en vano, determinéme á volver á Sevilla, donde mi presencia estaba haciendo falta, y después de despachar al paso algunos negocios en Jerez, fui á embarcarme á Sanlúcar. Cuando llegué el vapor había partido, y tuve que resignarme á aguardar hasta el día siguiente, cosa que en verdad no me pareció muy dura, porque la población, con motivo de estar ya próxima á comenzar la temporada de baños, empezaba á animarse.

XXIII.

Paseaba yo solitario y meditabundo por aquella playa sin par contemplando el sol que se hundía en el Atlántico, cuando descubrí á lo lejos un caballero que con una señora del brazo venía hacia mí. ¡Cuál sería mi sorpresa al reconocer en él á mi amigo Florencio!

Corrí á su encuentro como un loco, y á medida que las distancias se acortaban, mi sorpresa crecía de punto. El rostro angelical de aquella dama no me era desconocido, y sin embargo yo no recordaba dónde pudiera haberlo visto.

—¿Y Pepe? exclamé jadeante tan luego como creí que podían oír mi voz.

Florencio y la que le acompañaba me alargaron afectuosamente las manos soltando una estrepitosa carcajada.

Entonces examiné mas de cerca á aquella señora, y ¡creía estar soñando! Su rostro era enteramente igual al del amigo que lloraba muerto. Mis ideas se confundieron, y por un momento no supe darme cuenta de lo que pensaba.

XXIV.

—Aquí lo tienes, dijo Florencio presentándome la hermosa joven.

—Vd... tú... dije yo sin saber lo que me decía.

Los dos volvieron á lanzar una estrepitosa carcajada.

Entonces comprendí por fin, y paseando con ellos á lo largo de la playa, supe de su boca todo aquel extraordinario suceso.

Laura, que así se llamaba la encantadora joven, se había enamorado perdidamente de Florencio en Cádiz hacia unos dos años, sin que él, envuelto en un torbellino de placeres, reparase siquiera en ella. Joven, rica, apasionada, viuda, sola y por lo tanto libre é independiente desde el fallecimiento de su anciano marido el conde de San Gimeno, con quien la habían casado al frisar en los catorce, no pudo resistir á la violencia del primer amor, y se dejó arrastrar por él. Las costumbres un poco libres que Florencio tenía á la sazón, y su mala fama en asuntos amorosos, retrayéndola de declarar su amor como al principio había pensado, la inspiraron un plan que solo una mujer enamorada es capaz de concebir. Disfrazada de hombre y encubierta con el nombre de un primo suyo que había muerto algunos años antes, se matriculó en la universidad presentando certificaciones del difunto, y consiguió por fin ser el amigo íntimo de su amado, y reformar sus costumbres un tanto relajadas. Esto me explicaba su repugnancia á beber, fumar y tomar parte en ciertas conversaciones; cuánto debió sufrir la pobre niña viéndose precisada á alternar con tanto calavera como por entonces frecuentaba la casa de Florencio!

Pero cuando iba consiguiendo hacer de él lo que ella quería, otra vino á robarla el fruto de su trabajo. Florencio se enamoró de Emilia. Hasta entonces Laura, enamorando á todas las amadas del que tanto quería, que juzgaba peligrosas, no le habíade jado tiempo para pensar seriamente en ninguna. El amor de Florencio á la hija del marqués fué para ella un golpe terrible y sin quite: iban á casarse. La pobre niña pasó muchos días sumida en el dolor, vertiendo amargo llanto, hasta que la promesa de Juan de llevarla á casa de Emilia hizo revivir sus esperanzas haciéndola pensar que tal vez sería como las otras, y que aun podía arrebatársela el cariño de su amado.

Ya hemos visto cómo puso en práctica su plan, y el buen resultado que lo colmó. La noche anterior al día en que el duelo debía llevarse á cabo, Laura, desesperada y muerta de miedo, declaró á Florencio su secreto. Este, joven, fogoso, de imaginación ardiente y novellesca, cayó á sus plantas loco de amor y agradecimiento, no creyendo que nunca podría pagar dignamente el cariño de aquella extraña mujer.

Dos días después habían unido sus manos y sus almas delante de Dios.

XXV.

Hé aquí por qué al oírme preguntar por Pepe se sonreían maliciosamente Juan y la señora Josefa.

XXVI.

El año siguiente, al comenzar el curso, encontré á la puerta de la universidad á mi condiscípulo Juan, que salía de matricularse.

—¿Ha muerto tu tío? le pregunté reparando que llevaba luto.

—Hace dos meses, me contestó, y ahora es cuando lloro por el pobre viejo que me ha hecho con su muerte uno de los mas ricos propietarios de Andalucía.

—¿Has ido á casa de Laura y de Florencio?

—Acabo de llegar. ¿Qué hay de nuevo?

—Que dentro de poco tiempo nos convidará á una fiesta, ya que no nos dieron parte de su casamiento.

—¿Cómo?

—Los dos desean ardientemente que sea niño para ponerle Pepe.

—¿Vas á verlos á menudo?

—Casi todos los días como con ellos. Me encanta su felicidad, y siempre que salgo de su casa me dirijo maquinalmente á la de mi novia para pedirselo á su padre.

—Bueno es el casamiento cuando se da con una mujer así. ¿Pero dónde encontrar una Laura?

—No seguramente entre los Don Gil de las Calzas Verdes.

—¡Bah! todo ha sido casualidad.

—¡Oh Providencia! Habían nacido el uno para 'el otro.

XXVII.

Hé aquí la historia de mi amigo Pepe. En el momento en que escribo estas letras vive feliz con Florencio, y un pequeño Pepito de quien tiene la honra de ser padrino

LUIS DE EGUILAZ.

LAS ANIMAS.

CUENTO ANDALUZ.

FERNAN. Tío Romance, aquí me entro aunque no llueva.

TIO ROMANCE. Bien venido, señor D. Fernan. Viene su mercé á su casa como el sol para alegrarla. —¿Qué tiene su mercé que mandarme?

FERNAN. Necesito un cuento como el comer, tío Romance.

TIO ROMANCE. ¡Otra te pego! —Señor, ¿se ha figurado su mercé que son mis cuentos como los dictados de D. Crispin que no tenían fin? —Su mercé me ha de perdonar; pero hoy estoy de mala vuelta; tengo la memoria aliquebrada y los sentidos mas tupidos que caldo de habas. Pero voy á llamar á mi Chana para que complazca á su mercé. ¡Chana! ¡Sebastiana!... Caramba con la mujer! que le va sucediendo lo que al marqués de Montegordo que se quedó mudo, ciego y sordo. ¡Chana!

LA TIA CHANA. ¿Qué quieres, hombre, con esas voces tan desamoretadas que parecen de zagal? ¡Ay! que está aquí el señor D. Fernan! Dios guarde á V., señor; ¿cómo lo pasa su mercé?

FERNAN. Bien, tía Sebastiana. ¿Vd. tan buena?

TIA CHANA. ¡Ay, no señor! que me he caído como horno de cal.

FERNAN. ¿Pues qué ha tenido Vd.?

TIO ROMANCE. Lo que la otra que estaba al sol.

Una vieja estaba al sol,
y mirando al almanaque
en cuando en cuando decía:
ya va la luna menguante.

LA TIA SEBASTIANA. No señor, D. Fernan, no es eso; que Dios y su madre no quitan carnes, sino el hijo al nacer y la madre al morir! y mi hijo, el alma mia...

TIO ROMANCE. Calla, Chana, y no hables de Juan, que es un atallancon con mas costilla que una fragata.

TIA SEBASTIANA. No lo crea Vd., señor; no sabe lo que se dice, y va despedido: es mas manso y loje el hijo mio, que no es capaz de decirle zape al gato. Ha servido seis años, y tiene las luces espabiladas.

TIO ROMANCE. No tiene mas luces que las del día; es un boge; ha servido, pero es como aquel que: bárbaro fué á Madrid, y bárbaro volvió á venir.

FERNAN. ¿Pero qué le apura á Vd., tía Sebastiana?

TIA SEBASTIANA. ¡Señor, que no encuentra trabajo!

FERNAN. Vamos, yo se lo proporcionaré si me cuenta Vd. un cuento.

TIA SEBASTIANA. Señor, para eso era mejor mi Juan: ya sabe usted las voces que tiene de buen contador; saca las cosas de su metro.

FERNAN. Sí; pero hoy no está de humor de hablar.

TIA SEBASTIANA. Es que yo...

TIO ROMANCE. Vamos, mujer, no tengas al señor aguardando como perro de cortijo; cuenta, y liberal, que tú eres capaz de hablar hasta debajo del agua.

TIA SEBASTIANA. ¿Quiere su mercé que le cuente el cuento de las ánimas?

FERNAN. Desde luego: vamos pues con el cuento de las ánimas.

TIA SEBASTIANA. Había una vez una pobre vieja que tenía una sobrina que había criado sujeta como cerrojo, y era muy buena niña, muy cristiana, pero encogida y poquita cosa. Lo que sentía la pobre vieja, era pensar lo que iba á ser de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacía otra cosa que pedirle á Dios que la deparase un buen novio.

Hacia los mandados en casa de una comadre suya pupilera, y entre los huéspedes que tenía, había un indiano poderoso que se dejó decir que se casaría si hallase á una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa. La vieja abrió tanto oído, y á los pocos días le dijo que hallaría lo que buscaba en su sobrina, que era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa que pintaba los pájaros en el aire. El caballero contestó que quería conocerla, y que al día siguiente iría á verla. La vieja corrió á su casa, que no veía la vereda, y le dijo á la sobrina que acesase la casa, y que para el día siguiente se vistiese y peinase con primor, porque iban á tener una visita. Cuando á la otra mañana vino el caballero, le preguntó á la muchacha si sabía hilar.

—¿Pues no ha de saber? dijo la tía: las madejas se las bebe como vasos de agua.

—¿Qué ha hecho Vd., señora? dijo la sobrina cuando el caballero se hubo ido después de darle tres madejas de lino para que se las hilase; ¿qué ha hecho Vd., señora, si yo no sé hilar!

—Anda, dijo la tía, anda, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir, y sea lo que Dios quiera.

—¿En qué berenjenal me ha metido Vd., señora! decía llorando la sobrina.

—Pues tú ves cómo te compones, respondió la tía; pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello te va tu suerte.

La muchacha se fué á la noche á su cuarto en un vivo penar, y se puso á encomendarse á las ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando se le aparecieron tres ánimas muy hermosas, vestidas de blanco; le dijeron que no se apurase, que ellas la ampararían en pago del mucho bien que les había hecho con sus oraciones, y cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres las remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al día siguiente, cuando vino el indiano, se quedó asombrado al ver aquella habilidad junto con aquella diligencia.

—¿No se lo decía yo á su mercé? decía la vieja que no cabía en sí de alegría.

El caballero preguntó á la muchacha si sabía coser.

—¿Pues no ha de saber? dijo con brio la tía; lo mismo son las piezas de costura en sus manos que cerezas en boca de tarasca.

Dejóle entonces el caballero lienzo para hacer tres camisas; y para no cansar á su mercé, sucedió lo mismo que el día anterior, y lo propio al siguiente en que le llevó el indiano un chaleco de raso para que se le bordase. Solo que á la noche, cuando estando encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor á las ánimas, estas se le aparecieron, le dijo la una: no te apures, que te vamos á bordar este chaleco; pero ha de ser con una condicion.

—¿Cuál? preguntó ansiosa la muchacha.—La de que nos convides á tu boda.—Pues qué, ¿me voy á casar? preguntó la muchacha.—Sí, respondieron las ánimas, con ese indiano rico. Y así sucedió, pues cuando al otro día vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado que parecía que manos no le habían tocado, y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo á la tía que se quería casar con su sobrina.

La tía se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que le decía: pero señora, ¿qué será de mí cuando mi marido se imponga en que yo nada sé hacer?

—Anda, déjate ir, respondió la tía; las benditas ánimas que ya te han sacado de aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse pues la boda, y la víspera, teniendo la novia presente la recomendación de sus favorecedores, fué á un retablo de ánimas, y las convidó á la boda.

Al día de la boda, cuando mas enfrascados estaban en la fiesta,

entraron en la sala tres viejas tan rematadas de feas, que el indiano se quedó pasmado y abrió tantos ojos. La una tenía un brazo muy corto, y el otro tan largo, que le arrastraba por el suelo; la otra era jorobada, y tenía el cuerpo torcido; y la tercera tenía los ojos mas saltones que un cangrejo, y mas colorados que un tomate.

—¡Jesus Maria! dijo á su novia perturbado el caballero; ¿quién son esos tres espantajos?

—Son, respondió la novia, unas tías de mi padre que he convidado á mi boda.

El Señor, que tenía crianza, fué á hablarles y á ofrecerles asiento.

—Digame Vd., le dijo á la primera que había entrado, ¿por qué tiene un brazo tan corto y otro tan largo?

—Hijo mio, respondió la vieja, así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó á la novia y la dijo: ve sobre la marcha, quema tu rueca y tu huso, ¡y cuidado como te vea jamás hilar!

—En seguida preguntó á la otra vieja por qué estaba tan jorobada y tan torcida.

—Hijo mio, contestó esta, estoy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano en tres zancajadas se puso al lado de su novia á quien dijo: ahora mismísimo, quema tu bastidor, y cuidado como en la vida de Dios te vea bordar!

(Concluirá.)

FERNAN CABALLERO.

UN AMIGO INTIMO.

VII.

Entré pues, como digo, en mi despacho, preparé mi papel, cogí mi pluma, y dirigí al Parnaso una plegaria invocando el socorro de las musas. Pronto las vi venir á mi reclamo: *Thalia* afable, *Urania* cejijunta, *Melpomene* luciendo su coturno, *Euterpe* sacudiéndose las pulgas, *Caliope* y *Polimnia* disputando, *Terpsicore* bailando la cachucha que preludiaba *Erato* en una lira y acompañaba *Clio* en la bandurria. Ya llegan á mi puerta; ya sus pasos hieren mi oído que impaciente escucha: ya tira del cordón; la campanilla siente el golpe, resuena, vibra y zumba, y yo con ansiedad abro la puerta, y en lugar ¡oh tormento! de las musas, me encuentro allí con mi fustoso amigo, que el corazón me llena de amargura. Allí estaba el causante de mis penas, el fiero autor de todas mis angustias, el hombre en fin mas terco y mas idiota que ha salido del vientre de una burra. Hizome cuatrocientas cortesías mas galante y mas bárbaro que nunca, y yo para entregarme á mis tareas traté de despedirle con finura. Mas ¡ay! todo fué inútil; el amigo esta declaración me hizo importuna, á cuyo triste, aterrador recuerdo mis piernas tiemblan y mi frente suda.

«Voy á decir la verdad de la amistad en el seno, puesto que es usted tan bueno que me honra con su amistad. Aunque tanto sin sabor con mi amistad le causé, aquí donde usted me ve yo soy un hombre de honor. Y si pretende un mortal desmentir lo que le digo, le juro á usted, caro amigo, que le he de abrir en canal. Dijo, llevó la mano á sus bolsillos, como queriendo disipar mis dudas, y clavó en mi pupitre una navaja de palmo y medio, sin contar la punta.

«Perdone usted mi fervor,
añadia mi *amigo* horrendo,
porque, como iba diciendo,
yo soy un hombre de honor;
y como no soy un pillo,
suelo estar alguna vez,
á pesar de mi honradez,
sin un cuarto en el bolsillo.
Pero de mi suerte escasa
lo que mas me desazona,
es que la infame patrona
me quiera echar de su casa.
En trance tal, yo soy franco,
deseo, ruego y confio,
que usted, siendo *amigo mio*,
me saque de este barranco.
Es mi destino tan negro
que pasaré mil apuros,
si usted no me da cien duros
en calidad de reintegro.
De reintegro, si señor,
pues ya que es usted mi *amigo*,
á demostrarle me obligo
que soy un hombre de honor.

Iba yo á replicar; pero mi *amigo*
mostró del entrecejo las arrugas,
y no quise poner mi vida en riesgo
ya que estaba en peligro mi fortuna.
¿Pudo hacer mas este hombre que quitarme
la salud y la bolsa? Sí; no hay duda,
pues aun pudo acabar con mi paciencia
colmando sin piedad mi desventura.

«Pero usted, dijo, en rigor
creo que nunca ha negado
mi honradez; quede sentado
que soy un hombre de honor.

La fortuna con que cuento,
y voy á probarle ahora
supuesto que usted la ignora,
es que tengo un gran talento.

Debo al cielo esta merced,
y he estado un drama hilvanando
que voy á leerle, contando
con el permiso de usted.

No entienda que me envanezca;
pues verá usted que mi drama
me dará dinero y fama,
dándome lo que merezco.

Ya sé que hay mucha malicia
en la dramática lid,
y que no siempre en Madrid
se hace al escritor justicia.
Mas ¡ay, si yo oigo un rumor
que me ofenda ó no me cuadre!
pues probaré á Cristo padre
que soy un hombre de honor!»

Esto diciendo mi funesto *amigo*,
con ese tono audaz que tanto abunda,
desenrolló una resma de papeles
y empezó gravemente su lectura.

Titulábase esta pieza:—

«*Quien hace un cesto hace ciento*
ó la caldera del gas;
Drama en cinco actos y en verso.—
Hablaban en este drama
D. Ildefonso, D. Pedro,
Doña Jimena, Pepita,
el marqués de Montenegro,
el Prior de Calatrava,
D. César de Vasconcelos,
un general, dos verdugos,
un besugo y un sargento.
La escena, que era de noche
durante el acto primero,
representaba una plaza
con una lámpara en medio.
Si la lámpara estaria
en el aire ó en el cielo,
espíquelos quien lo entienda,
que yo por mí no lo entiendo.

Aparecia D. César
con Pepita de bracero
echándose estos piropos
sobre poco mas ó menos.—

D. CÉSAR..... ¿Ya te puedo llamar mia?
PEPITA..... Tanta dicha no comprendo.

D. CÉSAR..... ¿Es realidad ó alegría
ó es confusion con estruendo?

Cuando tu padre se obstina
me causa tal amargura,
como aquel que toma quina
cuando le da calentu.a.

PEPITA..... Que tanta ventura quepa
en un pecho pecador!

D. CÉSAR..... No lo estrañes, pobre Pepa,
si sabes lo que es amor.

Porque amor es un cristal
que una palabra le quiebra,
y el aire le hace culebra
con estruendo sin igual.—

Aquí D. César llegaba,
cuando furioso de celos
se aparecia un verdugo
y le atravesaba el pecho.

Entonces la pobre niña,
creyendo al amante muerto,
dijo mirando al cadáver
y á la eternidad á un tiempo:—

«Nada altera mi amistad,
pues de la muerte al despojo
veo con serenidad,
tu cadáver con un ojo,

con otro la eternidad.»—

Con mucho gusto, lectores,
os dijera el argumento
si no pecara el trabajo
de prolijo y de molesto.

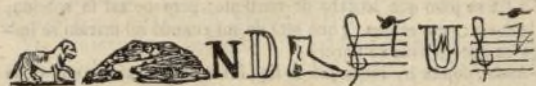
Básteos saber que mi amigo
considerando ya viejos
los suplicios que en los dramas
con tanta frecuencia vemos,
hacia al fin que un verdugo
metiese á su compañero
en la caldera del gas,
lo que mi amigo funesto
de gran efecto juzgaba,
en su defensa diciendo,
que nada habíamos visto
mas original, mas nuevo.

«Esto es, decía, un primor
que me ha de valer dinero
dándome fama de autor,
ó probaré al orbe entero
que soy un hombre de honor.

(Continuará.)

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.